

[CONCORDIA TESTIMONIORUM S. SCRIPTURAE.]

DE SEQUENTI OPUSCULO MONITUM.

560 El opúsculo que aquí presentamos, que no debe ser despreciado, lleva el nombre del santo papa Gregorio en los códices manuscritos; pero se encuentra en muy pocos. En uno solo, que es del monasterio mayor cerca de Tours, lo encontramos. En la biblioteca Vaticana también se halló un solo ejemplar de esta Concordia escrito a mano, como nos informó el señor Claudio Estiennot en una carta desde Roma fechada el 17 de marzo de 1699, quien también nos advirtió que, según el ilustre y doctísimo señor L. de Zacagnis, custodio de la biblioteca Vaticana, difícilmente podría encontrarse otro en las bibliotecas de toda Italia. Nos convence de que este códice fue trasladado a Roma desde la biblioteca Palatina, el hecho de que en la edición romana impresa por orden de Sixto V mucho antes de que la biblioteca Pontificia recibiera tantos libros manuscritos de la Palatina, no se menciona esta Concordia. Si los editores, que eran muy meticulosos, hubieran encontrado este opúsculo atribuido e identificado con el nombre del santo Gregorio, y no indigno de serle atribuido, no habrían dejado de publicarlo o al menos mencionarlo.

Entre los opúsculos del ilustre Jacobo Sirmondo se encuentra una carta de Alejandro Wilthemio de la Compañía de Jesús, en la que informa a este diligente investigador y experto explorador de códices manuscritos que ha encontrado en la biblioteca del colegio de Luxemburgo de la misma Compañía la Concordia de la que aquí hablamos, con estas palabras: He encontrado un opúsculo de D. Gregorio sobre la Concordia de los testimonios, que Pamelius prometió al final de las obras de ese Padre pero no presentó. El título en nuestro códice manuscrito, que creo está dedicado a los emperadores Otones, es: Comienza la Concordia de los testimonios del santo Gregorio papa de la ciudad de Roma. Este opúsculo, que contiene algunos capítulos sobre la predestinación o temas afines, he considerado oportuno indicarlo a vuestra reverencia, por si acaso desea que se le envíe. De la carta que Sirmondo respondió, se deduce que deseaba mucho que se le enviara el códice, pero no sabemos si lo consiguió o qué juicio emitió sobre este opúsculo el doctísimo hombre.

Lo que pensó de él Juan Gilotio, hombre de muchas letras, quien lo publicó en París en 1571 junto con otras obras tanto genuinas como espurias del santo Gregorio, lo declaró en un testimonio público que aquí hemos decidido mostrar. Mientras revisábamos códices antiguos para restaurar los escritos de este doctor que existen, encontramos este libro en un ejemplar muy antiguo de la biblioteca de San Dionisio, del cual no dudamos que sea de D. Gregorio, no solo porque llevaba su nombre, sino también porque su estilo fácil, popular y simple es el suyo, y lo que más nos mueve, la misma mente y todo el pensamiento de Gregorio. En la respuesta a la primera pregunta trata sobre el doble temor con casi las mismas palabras y ciertamente con los mismos pensamientos que en el libro XXXIV de los Morales, capítulo 14 (más bien capítulo 17, ahora número 40). En la cuarta pregunta habla de la predestinación de la misma manera que en el libro I de los Reyes, capítulo XIV. La diferencia entre crimen y pecado con las mismas palabras en la pregunta 10 y en el libro XXI de los Morales, capítulo 9 (ahora número 19). Si dudáramos del autor, sin embargo, lo consideraríamos digno de ser publicado, ya que en un volumen tan pequeño contiene tanta doctrina.

Ciertamente no podemos negar que el estilo de este autor, quienquiera que sea, huele a Gregorio. En la cuarta pregunta, de la manera que es familiar y casi única al santo doctor, alaba al escritor del libro de la Sabiduría: Porque un sabio dijo, fue arrebatado, etc. (Libro XIX, Morales, número 26; libro XXVII, números 47 y 53). Sin embargo, ni de esta observación nuestra, ni de las de Gilotio se sigue inmediatamente que esta Concordia deba

ser reivindicada para Gregorio. ¿Por qué no podría alguien, asiduo en el estudio de sus obras, haber compuesto y ensamblado este opúsculo tanto de sus pensamientos como de sus palabras?

En la Biblioteca antigua de España (Tomo II, libro VII, capítulo 6, número 109), se atribuye a un cierto presbítero Martín de la Iglesia de León hacia finales del siglo XII un libro llamado Concordia del Antiguo y Nuevo Testamento. Cabe dudar si nuestra Concordia debe entenderse bajo este nombre. En ella no solo se concilian los testimonios del Antiguo Testamento con otros del Nuevo que parecen contradecirse, sino que también se componen y se resuelven de toda contradicción los pasajes del mismo Nuevo Testamento que parecen opuestos.

Hemos comparado nuevamente este opúsculo editado por Juan Gilotio con el códice manuscrito del monasterio mayor de casi 800 años, con cuya ayuda corregimos muchos errores en la edición de Gilotio, aunque no todos: este códice no está libre de errores, y no pudimos disponer de otro códice manuscrito. Temimos, además, ser demasiado indulgentes con nuestras conjeturas, ya que estamos casi seguros de que de ahí ha surgido la mayor corrupción de los libros editados.

SANCTI GREGORII MAGNI ROMANI PONTIFICIS CONCORDIA QUORUMDAM TESTIMONIORUM S. SCRIPTURAE. (C,G,S)*

I.

561 A los Romanos I (Vers. 6): Pablo, siervo de Jesucristo.

En el santo Evangelio según Juan XV (Vers. 15): No os llamaré siervos, sino amigos.

INTERROGACIÓN.

¿Qué significa que el maestro Cristo en un lugar no llamó siervos a los apóstoles, sino amigos; y el discípulo del mismo maestro, más bien apóstol, en quien hablaba Cristo, se llamó a sí mismo siervo? Y dado que ambas cosas fueron dichas por Cristo, es necesario observar cuidadosamente cómo deben entenderse, especialmente cuando el mismo Señor y Salvador nuestro dijo a los mismos apóstoles según Lucas: Decid, somos siervos inútiles, porque lo que debíamos hacer, lo hicimos (Luc. XVII, 10). Y de nuevo: Bien, siervo bueno y fiel (Mat. XXV, 22, 23; Luc. XIX, 17). Y de nuevo: Bienaventurado aquel siervo, a quien, cuando venga el Señor, lo encuentre haciendo así (Mat. XXIV, 46; Luc. XII, 37).

RESPUESTA.

Sin prejuicio de otra opinión mejor, es necesario saber que hay dos tipos de buena servidumbre; una de temor, otra de amor; una de siervos y siervas temerosos, otra de hijos amorosos y complacientes; porque la sierva teme ser azotada, la esposa teme ofender el ánimo de su marido. Pero el temor de la servidumbre que tiene castigo, expulsa la caridad perfecta. Sin embargo, el temor perfecto de la servidumbre no solo no tiene castigo, sino que alcanza la misma alegría, como atestigua el salmista, que dice: Alégrese mi corazón, para que tema tu nombre (Sal. LXXXV, 11). Y de nuevo: El temor del Señor es santo, permanece para siempre (Sal. XVIII, 11). Este temor lo tienen los santos ángeles, y ciertamente lo tuvieron los santos apóstoles, por la venida del Espíritu Santo, por quien se difunde la caridad en nuestros corazones. Por eso, el Señor no los llamó siervos, sino amigos, quienes,

sin embargo, tanto por sí mismos como por el Señor fueron llamados siervos; evidentemente no por temor, sino por amor a agradar a Dios.

II.

A los Romanos I (Vers. 1): Apartado para el Evangelio de Dios. Y según Juan XVII (Vers. 11): Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno.

INTERROGACIÓN.

Y dado que el santo Pablo se creyó hecho uno con los salvados, ¿qué significa que se confiesa apartado? Porque se dice apartado, quien ha sido separado del rebaño, especialmente cuando el Señor dijo: Y habrá un solo rebaño, y un solo pastor (Juan X, 16). Y el Espíritu Santo en los Hechos de los Apóstoles habló mandando: Apartadme a Pablo y a Bernabé para la obra a la que los he llamado (Hech. XIII, 2).

RESPUESTA.

Es necesario saber primero que estos testimonios no solo no discrepan entre sí, sino que también concuerdan en unidad. Porque Pablo y Bernabé no estaban separados del rebaño, sino congregados, es decir, habían sido elegidos para la obra del apostolado. Para quienes tenían un solo corazón y una sola alma con el rebaño, no podía haber separación en ningún lugar. Sin embargo, habían sido apartados del rebaño quienes habían sido elegidos para el apostolado. Porque las manos se extienden para trabajar, pero no se separan de la unidad del cuerpo.

III.

A los Romanos IX (Vers. 1): Doy testimonio con mi conciencia en el Espíritu Santo, de que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón.

En los proverbios de Salomón XII (Vers. 21): No entristecerá al justo cualquier cosa que le suceda.

INTERROGACIÓN.

¿Qué, entonces? ¿Acaso el apóstol Pablo no era justo, quien sabía que el justo no se entristece por cualquier cosa que le suceda, y si debía entristecerse siendo justo, por qué recomendaba la alegría a los filipenses diciendo: Regocijaos en el Señor siempre, otra vez digo, regocijaos (Fil. IV, 4)? Pero también el santo Santiago manda regocijarse en diversas tentaciones (Sant. I, 2). Y el mismo Pablo se gloria en sus tribulaciones (II Cor. XII, 9), y el santo evangelista Mateo testifica sobre el Señor y nuestro redentor, diciendo: Entonces comenzó a entristecerse y a angustiarse. Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 37; Mar. XIV, 33).

RESPUESTA.

Es necesario saber que es diferente entristecerse según Dios que según el mundo, como dice el mismo Pablo: La tristeza según Dios produce arrepentimiento para salvación, pero la tristeza del mundo produce muerte (II Cor. VII, 10); 563 esta es desesperada, aquella es loable; esta llenó a Judas Iscariote, quien se ahorcó; aquella la tuvo el santo Pablo cuando escribió a los corintios, diciendo: Si alguien me ha entristecido, no me ha entristecido a mí,

sino en parte (II Cor. II, 5); como si dijera más claramente: No soy yo solo quien tiene celo de Dios, sino que veo que me he entristecido con vuestra tristeza en parte. Y si esta tristeza no fuera un vicio sino una virtud, el Señor no la habría beatificado en el Evangelio, diciendo: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. V, 5); y él mismo dijo que estaba triste según la humanidad, ciertamente no según la impasible divinidad.

IV

A los Romanos IX (Vers. 11): De Jacob y Esaú. Cuando aún no habían nacido, ni hecho bien ni mal alguno, para que el propósito de Dios según la elección permaneciera, no por obras, sino por el que llama, se dijo que el mayor serviría al menor.

En el salmo LXI (Vers. 11): Porque tú pagarás a cada uno según sus obras.

INTERROGACIÓN.

Cuando se dijo que no por obras, sino por el que llama: Porque el mayor servirá al menor, ¿cómo pagará Dios a cada uno según sus obras? ¿Por qué, entonces, dijo Pablo: No por obras? Nosotros creemos sin duda que no por obras futuras, ni nadie piensa que solo dijo sobre las pasadas, que ciertamente no existían, cuando los mencionados fueron distinguidos. Porque si al hombre presente lo justifican las buenas obras futuras, y las malas obras futuras condenan a otro. Pero creer esto está lejos de nosotros, porque un sabio dijo: Fue arrebatado el justo, para que la maldad no alterara su entendimiento (Sab. IV, 11). Porque este no sería llamado justo si fuera condenado por una maldad futura.

RESPUESTA.

Antes de decir algo sobre esta cuestión, creamos que el profeta y el apóstol hablaron por el mismo espíritu. Porque el mismo Espíritu, que es Dios, habló por el profeta: A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí (Malaquías I, 2). La elección de Dios nunca faltó, que discernía lo que se había hecho en los tiempos; porque los tiempos futuros no eran la causa de la elección divina, sino la causa de todas las cosas futuras naturales. De aquí que nuestro Redentor dijo a Ananías sobre Saulo, no aún sobre Pablo: No temas, porque es un vaso de elección para mí (Hech. IX, 15). Observa que dijo: Es, no será. Porque no fue elegido porque sería apóstol, sino que era apóstol porque fue elegido. Nuestro Dios, por tanto, es el creador de todos los bienes, pero el más justo ordenante de los males (Rom. IX). Porque es tan bueno para todos, que hace el bien incluso de los males. Porque si no hubiera males, ninguna cosa sería útil. Dios, por tanto, pagará a cada uno según sus obras, porque a los vasos preparados para honra dará la vida eterna, y a los aptos para deshonra, la condenación debida. Porque los malos, si quisieran, ciertamente podrían ser buenos. Pero los buenos que nacen de Adán ven una ley contraria en sus miembros, para que estos, no consintiendo, lleguen a las recompensas por misericordia, y aquellos, consintiendo, sean llevados al castigo por justo juicio.

V.

564 A los Romanos X (Vers. 13): Todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo.

Y según Mateo VII (Vers. 21): No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos.

INTERROGACIÓN.

Estas parecen disonantes, pero queremos saber cómo se entienden. Porque allí dijo, Todo: Aquí dijo, No todo. Si, por tanto, todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo, ¿cómo no todo el que repite el nombre del Señor será salvo?

RESPUESTA.

Es diferente invocar el nombre del Señor que repetirlo. Porque los buenos siempre invocan, pero los malos repiten, porque la misma voz de fe que pronuncian con palabras, la destruyen con sus costumbres. De aquí que Pablo dice de algunos: Confiesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan (Tito I, 16). Para los buenos, invocar el nombre del Señor es agradecerle en todo. Por eso todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo.

VI.

A los Romanos IV (Vers. 2): Si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no ante Dios.

En la epístola de Santiago II (Vers. 21): Abraham, nuestro padre, ¿no fue justificado por las obras?

INTERROGACIÓN.

Si Abraham fue justificado por las obras, ¿ante quién tiene de qué gloriarse, si no ante Dios, de quien fue llamado amigo por Santiago? Y si no hay verdadera gloria, sino ante Dios, y no hay verdadera justificación, sino de él, ¿quién justificado tiene gloria sin Dios?

RESPUESTA.

El apóstol Pablo escribió contra los saduceos, pero el santo Santiago habló de la justicia de la fe. Aquellos se justificaban a sí mismos por las obras de la ley, porque los saduceos en latín se llaman justificados. Pero por la justicia de la fe, quienes son justificados por la fe, por la caridad, demuestran las obras. Porque como dice el mismo Santiago: La fe sin obras de caridad está muerta, no de la ley (Sant. II, 26). Pero el santo Pablo dirige su discurso contra quien tiene gloria, pero no ante Dios; y contra el saduceo que se justifica a sí mismo, diciendo: ¿Dónde está, pues, tu jactancia? Ha sido excluida. ¿Por qué ley? ¿De las obras? No, sino por la ley de la fe; porque creemos que el hombre es justificado sin las obras de la ley (Rom. III, 27). Como si dijera claramente, Abraham, nuestro padre, fue antes de los tiempos de la ley, pero sin embargo fue justificado ante el Señor, porque la fe que tenía en su corazón la demostraba con obras.

VII.

A los Romanos XI (Vers. 29): Porque los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables.

En Génesis VI (Vers. 7): Me arrepiento de haber hecho al hombre; y en Samuel, I Reyes XV (Vers. 11): Me arrepiento de haber ungido a Saúl como rey.

INTERROGACIÓN.

Si el mismo Señor habló en los padres y en el Apóstol, ¿cómo se dice que se arrepintió y no se arrepintió?

565 RESPUESTA.

Debemos observar cuidadosamente que los padres hablaron de Dios inmutable haciendo. Y el apóstol pronunció su discurso sobre la predestinación inmutable. De aquí que el santo Santiago dice del mismo Señor: En quien no hay cambio, ni sombra de variación (Sant. I, 17). Pero Dios hace cosas mutables aparte de la predestinación. Por el uso conveniente del lenguaje, el Señor se dice iracundo y arrepentido, y celoso y presciente; pero se entiende sin ira iracundo, sin arrepentimiento arrepentido, sin celo celoso, sin previsiones presciente.

VIII.

A los Romanos XIII (Vers. 1): No hay autoridad sino de Dios, y las que existen, por Dios han sido establecidas.

En el Profeta sobre algunos reyes, Oseas VIII (Vers. 2): Ellos reinaron, pero no por mí.

INTERROGACIÓN.

Si no hay autoridad sino de Dios, ¿cómo se dijo verdaderamente por él: ellos reinaron, pero no por mí? Además, si esos reyes no eran de Dios, ¿cómo dijo que los reyes reinan por sí mismos: Por mí, dice, reyes reinan (Prov. VIII, 15)?

RESPUESTA.

Por él, y no por él, los reyes reinan, quienes tienen el poder dado por Dios, y sin embargo, neciamente niegan haberlo recibido de él. De aquí que está escrito por el profeta: Él hace reinar al hombre hipócrita por los pecados del pueblo (Job XXXIV, 30). Por eso esos reyes no son de Dios, quienes no reinan por el bien, sino que son permitidos por los pecados del pueblo. Además: Toda autoridad no es sino de Dios; porque no es mala por sí misma, sino que es buena. Las malas no pueden existir sin las buenas, y no pueden existir sino en criaturas racionales. Por tanto, el Espíritu Santo se digna hablar a los buenos reyes, cuando se les dice con la voz del salmista: Y ahora, reyes, entended, sed instruidos los que juzgáis la tierra (Sal. II, 10).

IX.

A los Romanos XIV (Vers. 14): Sabemos que nada es impuro en sí mismo.

En los Hechos de los Apóstoles XV (Vers. 29): Que os abstengáis de lo sacrificado a los ídolos.

INTERROGACIÓN.

Si nada es impuro en sí mismo, ¿qué debemos pensar del animal muerto, la sangre, lo ahogado y lo sacrificado a los ídolos? Porque estas cosas no solo se consideran impuras en el Antiguo Testamento, sino que también en el Nuevo se ordena a los gentiles creyentes abstenerse de ellas por los apóstoles. Por lo tanto, se necesita suficiente entendimiento para resolver esta disonancia.

Dominus y Redentor nuestro según Marcos dijo cuando quiso hablar de estas cosas: "Nada hay," dijo, "fuera del hombre que pueda contaminarlo" (Marcos VII, 15); y a los discípulos

que no entendían, les reprendió diciendo: "¿También vosotros estáis sin entendimiento? ¿No comprendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre y se expulsa al excusado?" (Ibid., 18). Así, los apóstoles, aún rudos y no iluminados por el Espíritu Santo, creían con mentalidad judía que no las prohibiciones, sino las cosas contaminaban al hombre. Pero las cosas no contaminan al hombre, las que van al vientre y salen, sino la transgresión de la prohibición y lo que de ella procede. Pues el primer hombre no se hizo impuro por cadáveres, sangre o animales estrangulados, sino por las frutas, cuando transgredió el mandato del Señor, persuadido por su esposa. Pero escuchemos lo que se dijo a San Pedro, para que entendamos qué debemos pensar sobre esto. "Levántate," dijo, "Pedro, mata y come" (Hechos 10, 13). A esta palabra, Pedro, mirando la letra, respondió: "De ninguna manera, Señor, porque nunca ha entrado en mi boca cosa común o impura" (Ibid., 14). A lo que inmediatamente se le responde bajo testimonio de prohibición: "Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú común o impuro" (Ibid., 15). De aquí se dio licencia a los cristianos, excepto lo prohibido en el Nuevo Testamento, para que coman lo que quieran con moderación y acción de gracias. Por lo tanto, ni los cadáveres ni la sangre son impuros por naturaleza, sino que, al estar prohibidos, al ser consumidos contaminan al hombre. Y la fruta no tenía ninguna impureza natural, pero al ser prohibida su consumo, contaminó al hombre.

X.

I a los Corintios I (Vers. 8): "El cual también os confirmará hasta el fin, sin culpa, en el día de nuestro Señor."

En la Epístola I de Juan I (Vers. 8): "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros."

INTERROGACIÓN.

Si es un engaño pensar que uno está sin pecado, ¿cómo somos confirmados por el Señor sin culpa en su venida, especialmente cuando incluso un niño de un día no puede estar sin pecado? ¿Acaso entonces el crimen es pecado, sin el cual uno puede ser confirmado por el Señor?

RESPUESTA.

Debemos saber ciertamente que no todo pecado es crimen, aunque todo crimen es pecado; así como todo impío es pecador, pero no todo pecador es impío. Por lo tanto, los pecados pequeños y leves se llaman pecados; pero los crímenes, a menos que sean grandes, no se consideran.

XI.

I a los Corintios III (Vers. 9): "Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios."

Y en Job XXVI (Vers. 2): "¿De quién eres ayudador? ¿Acaso del débil?"

INTERROGACIÓN.

¿Acaso San Pablo aprueba justificando lo que el bienaventurado Job condena en Eliú? "¿De quién eres ayudador? ¿Acaso del débil?" Pero el Apóstol dijo: "Somos colaboradores de

Dios." Si es bueno ser colaboradores de Dios, ¿por qué se reprende a Eliú por la ayuda de Dios?

RESPUESTA.

Debemos saber que algunos, al defender a Dios, ofenden; y hay algunos que, en la medida de lo posible, defienden la causa de Dios. Estos, al predicar verdaderamente, son colaboradores de Dios; aquellos, al reprender falsamente, se esfuerzan por el espíritu de Dios, pero al esforzarse ofenden. Estos no hablan de Dios como desconocidos, sino como conocidos; aquellos, aunque hablen la verdad, no son conocidos por Dios, como el Señor dice de Eliú: "¿Quién es este que oscurece el consejo con palabras sin conocimiento?" (Job XXXVIII, 2). ¿Qué es lo que el Señor pregunta de él, diciendo: "¿Quién es este que oscurece el consejo?" y sin embargo, al preguntar, reprueba añadiendo, "con palabras sin conocimiento"? Él, por lo tanto, decía sentencias verdaderas, pero las oscurecía con palabras sin conocimiento, porque retorcía las palabras del Espíritu Santo sobre los réprobos en Job: de quien, porque estaba sin reproche, el Señor dio testimonio. No decimos de la misma manera: "Dios es nuestro ayudador para siempre" (Salmo LXI, 9), como decimos: "Somos colaboradores de Dios." Porque Él no necesita nuestra ayuda: nosotros, sin embargo, no podemos nada sin Él.

XII.

I a los Corintios III (Vers. 15): "La obra de cada uno se probará por el fuego."

Según Mateo XIX (Vers. 28): "Cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel."

INTERROGACIÓN.

Y mientras la obra de cada uno se probará por el fuego, ¿acaso también los apóstoles serán probados por el fuego, quienes no serán juzgados, sino que juzgarán a las doce tribus de Israel? ¿O también el fuego los probará, con quienes San Pablo se contó a sí mismo diciendo: "Nosotros, los que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor" (I Tes. IV, 16).

RESPUESTA.

Si consideramos el poder de las palabras de Cristo, llevamos esta oscuridad a la luz, iluminados por Él mismo. Pues Él dijo: "Fuego vine a traer a la tierra, y ¿qué quiero si ya está encendido?" (Lucas XII, 49). También el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles apareciendo en forma de fuego (Hechos I), que apareciendo en señal en los fieles, probó a los fieles internamente como fuego. Por lo tanto, la obra de cada uno se probará por el fuego, porque a quienes el fuego espiritual no examina en el tiempo presente, en el juicio futuro los prueba por el fuego. Por lo tanto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios (Rom. VIII, 14), quienes, aunque probados por el fuego, han sido examinados. Pues aquellos que lo reciben por la imposición de manos del obispo, de ninguna manera se desvían de él, pero si en algo pecan, al reconocerlo y confesarlo se corrigen. Porque todo, dice el Señor, será salvado por el fuego, o aquí por el fuego espiritual, o allí por el fuego corporal será probado. Por lo tanto, así como no todos serán probados por el fuego en el día del juicio, así en ese mismo día no todos serán juzgados, testificando el Señor, quien dice: "El que cree en el Hijo, no será juzgado; pero el que no cree, ya ha sido juzgado" (Juan III, 18). ¿A quiénes, entonces, probará el fuego futuro, si Dios no juzgará ni a los creyentes ni a los incrédulos? Pero como si se nos preguntara: "¿Qué será entonces el juicio?" inmediatamente

añadió diciendo: "Este es el juicio, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz" (Ibídem). Por lo tanto, solo estos serán juzgados en el día del juicio, quienes, aunque sabían que la luz venía, sin embargo, se dice que amaron más las tinieblas. Pues los que permanecen en las tinieblas, ya han sido juzgados, y los que no tienen nada de tinieblas, pertenecen a la luz sin juicio alguno. Pero aquellos que, aunque bautizados, serán juzgados en el futuro. Por lo tanto, solo de ellos se hará juicio, para que se demuestre si deben pertenecer más a la luz o a las tinieblas. Por lo tanto, estos resucitarán para ser juzgados, los justos para juzgar, los impíos para ser condenados; porque también aquellos resucitarán, pero no en juicio, testificando el salmista, quien dice: "No se levantarán los impíos en el juicio" (Salmo I, 5).

XIII.

I a los Corintios IV (Vers. 5): "No juzguéis nada antes de tiempo."

A los Filipenses III (Vers. 18): "Porque muchos andan, de los cuales os decía muchas veces, y ahora os lo digo aun llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es perdición."

INTERROGACIÓN.

Mientras el apóstol Pablo hablando a los corintios prohibió juzgar antes de tiempo, ¿por qué él mismo parece decir de algunos, juzgando antes de tiempo: "Cuyo fin es perdición"?

RESPUESTA.

Cristo hablando en Pablo reconoce el futuro como si ya hubiera pasado, y por eso, incluso cuando Pablo habla, no juzga nada antes de tiempo. Pues también el Espíritu Santo por el apóstol Pedro dijo a Simón el Mago: "No tienes parte ni suerte en este asunto" (Hechos VIII, 21): porque el futuro de Simón el Mago, como si ya hubiera pasado, le fue revelado a Pedro en el Espíritu Santo, pero a quienes el futuro no les parece como pasado, se les prohíbe juzgar antes de tiempo por el Señor; de quienes también se dice reprendiéndolos por el profeta: "¡Ay de los que profetizan de su propio corazón!" (Ezequiel XIII, 17). Profetizar de su propio corazón es decir algo no por el Espíritu Santo, sino por mera presunción.

XIV.

I a los Corintios VII (Vers. 7): "Quisiera que todos los hombres fuesen como yo."

Y a Timoteo I, V (Vers. 14): "Quiero, pues, que las jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen la casa."

INTERROGACIÓN.

¿Acaso tuvo el santo Pablo dos voluntades contrarias entre sí, quien de una manera a los corintios, y de otra a Timoteo dijo que quería? Pues parece haber dicho a los corintios sobre no casarse; pero escribió a Timoteo sobre casarse; allí quiso que todos los hombres fueran como él; aquí escribe que quiere que las jóvenes se casen.

RESPUESTA.

Debemos observar cuidadosamente que el santo Pablo fue predicador de la Iglesia, y ya había pronunciado discursos diversos desde las personas de muchos. Pues allí dijo desde la persona de las vírgenes: "Quisiera que todos los hombres fuesen como yo." Aquí escribió desde la persona de las que quieren casarse: "Quiero que las jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen la casa." Así como también Salomón habla en el Eclesiastés desde las personas de muchos, que en latín se expresa como predicador. Pues allí escribió desde la persona de algunos que decían: "¿No es mejor comer y beber?" (Eclesiastés II, 4). Pero desde la persona de los perfectos añadió diciendo: "Mejor es ir a la casa de luto que a la casa de banquete, porque en aquella se amonesta el fin de todos los hombres" (Ibídem VII, 3): en esta también se narra la virtud de los fuertes. Por lo tanto, se actúa con maravillosa dispensación del dador para que incluso los elegidos de entre los casados reciban la recompensa de la virginidad, aunque no todos puedan ser vírgenes. Pues la voluntad perfecta de hacer se considera como la obra hecha. De aquí que al nacer el Señor, los santos ángeles dijeron: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Lucas II, 14). Por lo tanto, lo que cada uno de nosotros hace voluntariamente en sí mismo, eso recibirá del Señor, como si fuera de todos los hombres. Pero también el malvado piense lo contrario, no sea que sea condenado como si fuera por los males de todos los inicuos; porque así como es misericordioso, también es justo. Por lo tanto, Pablo alabó el matrimonio y la virginidad, pero prefirió la virginidad al matrimonio, diciendo: "El que casa a su virgen, hace bien; pero el que no la casa, hace mejor" (I Cor. VII, 38). Porque vio en el espíritu que ambas cosas eran buenas, ciertamente quiso que ambas se hicieran.

XV.

I a los Corintios VII (Vers. 10, 11): "A los demás digo yo, no el Señor: Que la mujer no se separe del marido, pero si se separa, que permanezca sin casar."

Y II a los Corintios XIII (Vers. 3): "¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí?"

INTERROGACIÓN.

Si Cristo hablaba continuamente en el apóstol Pablo, ¿por qué entonces confiesa que dice algo, y no el Señor?

RESPUESTA.

Si traemos a dos profetas al medio, ciertamente resolveremos rápidamente esta disonancia. Pues David, porque no tuvo continuamente el espíritu de profecía, al preguntar demostró a otro profeta. Y Natán, sobre la construcción del templo, porque él mismo en ese momento no tuvo el espíritu de profecía, lo declaró diciendo: "Haz todo lo que está en tu corazón, porque el Señor está contigo en todo" (II Samuel VII, 3). Pero el Espíritu Santo, viniendo, prohibió que el templo fuera construido por un hombre sanguinario y dedicado a las guerras, y esto fue contradicho a David por el mismo Natán (Ibídem). Por lo tanto, los consejos de aquellos que no tienen continuamente el espíritu de profecía, a veces deben ser omitidos, a veces no. Pues el consejo de Natán debía ser omitido por David, pero el consejo del apóstol Pablo debía ser siempre observado por los cristianos. Pues algunos consejos dentro de los mandamientos, quien los cumple, es justo, pero quien los trasciende ya es perfecto. Pues el Señor aconsejando dijo: "Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y ven, sígueme, y tendrás tesoro en el cielo" (Mateo XIX, 21): Y el mismo Pablo, teniendo el mismo espíritu, dio consejo: "Acercas de las vírgenes no tengo mandamiento del Señor, pero

doy consejo" (I Cor. VII, 25). Estos consejos ciertamente no están en los mandamientos, sino que están por encima de los mandamientos, y por eso adquieren mayores recompensas.

XVI.

570 I a los Corintios X (Vers. 13): "Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más allá de lo que podéis."

Y II Corintios I (Vers. 8): "Porque no queremos que ignoréis, hermanos, acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia: que fuimos abrumados sobremanera y más allá de nuestras fuerzas."

INTERROGACIÓN.

Si somos abrumados más allá de nuestras fuerzas, ¿cómo es que Dios no permite que seamos abrumados? Además, si no somos abrumados más allá de nuestras fuerzas, ¿cómo se dice que somos abrumados más allá de nuestras fuerzas?

RESPUESTA.

Para disolver más rápidamente esta disonancia, recurramos a otro testimonio profético, donde dice: "Porque vana es la salvación del hombre, en Dios haremos proezas" (Salmo LIX, 13, 14). Frecuentemente, por lo tanto, se dice que somos abrumados más allá de la fragilidad humana, porque vana es la salvación del hombre: pero nunca somos abrumados más allá de la virtud de Dios, porque Él es el médico. Por lo tanto, el enfermo bajo las manos del médico a veces llora, porque ignora de qué manera llegará a la salud; pero el médico sabio a menudo corta, para llevar al enfermo también a la salud. Por lo tanto, Pablo, mirando su fragilidad, dijo que estaba abrumado más allá de su fuerza, pero más adelante dijo: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses IV, 13).

XVII.

II a los Corintios V (Vers. 16): "Y si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así."

Según Lucas XXIV (Vers. 39): "Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo."

INTERROGACIÓN.

¿Cómo concuerdan las palabras del discípulo con las palabras de Cristo su maestro? Leemos que Cristo dijo esto después de la resurrección, y Pablo dice de ese mismo tiempo: "Pero ahora ya no lo conocemos así." ¿Qué, entonces? ¿Acaso lo que confiesa Cristo, lo niega conocer el Apóstol?

RESPUESTA.

Conocimos a nuestro Dios y Redentor según la carne, es decir, que vivió sin pecado, mostrándose verdadero hombre en todo: pero después de la resurrección ya no lo conocemos así, porque creemos que su carne vivirá eternamente sin el sustento de alimentos. Por lo tanto, leemos que antes de la pasión tenía hambre y sed, y estaba fatigado del camino, y en la misma pasión fue disminuido por los ángeles; pero ahora, con los ángeles y potestades y

virtudes sujetas a Él, ya no lo conocemos haciendo estas cosas. Por lo tanto, el Señor confiesa que tiene verdadera carne después de la resurrección, pero Pablo ya no lo conoce como era antes de la pasión. Pero Pablo trajo este testimonio para que, habiendo despojado al hombre viejo, nos insinuara la forma de la renovación, diciendo: "Para que así como Cristo resucitó de los muertos, así también nosotros andemos en novedad de vida" (Romanos VI, 4).

XVIII.

II a los Corintios XI (Vers. 5): "Porque pienso que en nada he sido inferior a los grandes apóstoles."

I Corintios XV (Vers. 9): "Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol."

INTERROGACIÓN.

Mientras Pablo confiesa ser el más pequeño de los apóstoles, ¿cómo testimonia que en nada ha sido inferior a los grandes apóstoles?

RESPUESTA.

Debemos saber que Pablo no tenía crímenes presentes, y por eso, por gracia de humildad, recordó los pecados ya perdonados: "Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios" (I Cor. XV, 9). Pero teniendo un discurso sobre los herejes y pseudoapóstoles, profesa que en nada ha sido inferior a los grandes apóstoles. Por lo tanto, el apóstol era el más pequeño por humildad entre los que hacían el bien, pero se levantaba por el celo de la justicia contra los vicios de los pseudoapóstoles delincuentes.

XIX.

A los Gálatas I (Vers. 1): "Pablo apóstol, no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre, que lo resucitó de los muertos."

I a Timoteo II (Vers. 5): "Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre."

INTERROGACIÓN.

¿Acaso no fue llamado Pablo al apostolado por el hombre Jesucristo, quien se llama a sí mismo apóstol no de hombres ni por hombre?

RESPUESTA.

Esto es, no por la presencia de la humanidad antes de la pasión, sino que fue elegido apóstol por el que llama después de la resurrección, diciendo el Señor a Ananías: "No temas, porque él es un vaso de elección para mí" (Hechos IX, 15).

XX.

A los Gálatas I (Vers. 10): "Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo."

I Corintios X (Vers. 33): "Como también yo en todas las cosas agrado a todos."

INTERROGACIÓN.

Si Pablo agrada en todas las cosas a todos, ¿cómo, agradando a los hombres, no sería siervo de Cristo?

RESPUESTA.

Pablo agrada, y no agrada: agrada en cosas no prohibidas, pero en las prohibidas de ninguna manera agradó: "Porque se hizo todo para todos, para ganar a todos" (I Cor. IX, 19).

XXI.

A los Efesios II (Vers. 3): "Y éramos por naturaleza hijos de ira, como los demás."

En Génesis I (Vers. 31): "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno."

INTERROGACIÓN.

Si son benditas y muy buenas todas las cosas que Dios creó, ¿cómo escribió Pablo que los hombres son hijos de ira por naturaleza?

572 RESPUESTA.

Dios omnipotente es el creador de todas las naturalezas, y toda naturaleza, en cuanto es naturaleza, es buena. Pues la costumbre confirmada por largo tiempo obtiene de algún modo la fuerza de la naturaleza. De aquí que Pablo dice: "Éramos por naturaleza hijos de ira"; como si dijera abiertamente: Cuando éramos sanos, nos volvimos enfermos, y por esa pésima costumbre, éramos como por naturaleza hijos de ira.

XXII.

A los Efesios III (Vers. 8): "A mí, que soy el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo."

En el Salmo IX (Vers. 1): "Te alabaré, Señor, con todo mi corazón, contaré todas tus maravillas."

INTERROGACIÓN.

¿Qué es esto? ¿Acaso todas las maravillas de Dios podían ser narradas incluso por el profeta, cuando el apóstol Pablo escribió que las riquezas de Cristo son inescrutables? Pero, ¿cómo no es Pablo contrario a sí mismo en lo que dice, anunciar las inescrutables riquezas de Cristo?

RESPUESTA.

Y se narran, por tanto, todas las maravillas del Señor, y son inescrutables las riquezas de Cristo, porque al narrarlas todas se abarcan brevemente, y sin embargo, se conocen en parte en enigma por los que ven. Pues cuando se narra algo de Dios, del presente siglo o del futuro, todo se abarca en breve discurso, y estas cosas, porque son, son escuchadas por los oyentes. Sin embargo, cómo son o de qué tipo, ni siquiera los predicadores lo entienden. De aquí que el insigne predicador diga: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del

conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! (Rom. XI, 33). El salmista, para narrarlo todo a la vez, dice del Señor: Todo lo que quiso, lo hizo: no solo del Creador, sino también de las mismas criaturas, narró cómo son.

XXIII.

A los Filipenses III (Vers. 13): Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante.

II a Timoteo IV (Vers. 7): He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.

PREGUNTA.

Y mientras el Apóstol recordó estas cosas pasadas, ¿cómo dijo que olvidaba lo que queda atrás?

RESPUESTA.

Cuanto más se ajustan al tiempo y a la razón las cosas que se dicen, más rápidamente son entendidas por los oyentes. Pues el apóstol Pablo enumeró estas cosas para su confirmación, porque el tiempo de su partida estaba cerca. Está escrito: En el día de los bienes, no te olvides de los males, y en el día de los males, no te olvides de los bienes (Ecli. XI, 27). Así que Pablo, olvidando lo pasado, no era ajeno a los males cuando dijo: No soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Corint. XV, 9). Nuevamente, al acercarse el día de su partida, no era ajeno a los bienes, diciendo: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe (II Timoteo IV, 7). Los hombres santos suelen tener esto como propio, recordar tanto lo próspero en la adversidad como lo adverso en la prosperidad. De aquí que el bienaventurado Job, cuando estaba en prosperidad, dijo que temía: Siempre, como si las olas se levantaran sobre mí, temí a Dios (Job XXXI, 23). Asimismo, cuando estaba en adversidad, recordó los bienes pasados que había hecho, diciendo: Fui ojos para el ciego, y pies para el cojo; era padre de los pobres, y la causa que no conocía, la investigaba diligentemente (Job XXIX, 15, 16). Así que los hombres santos dicen ambas cosas alternativamente, para que no se ensalcen en la prosperidad ni se quiebren por la desesperación en la adversidad.

XXIV.

A los Filipenses IV (Vers. 8, 9): Si hay alguna virtud, si hay alguna alabanza de la disciplina, pensad en estas cosas, que habéis aprendido, recibido, oído y visto en mí.

En los Proverbios de Salomón XXVII (Vers. 2): Que te alabe el extraño, y no tu propia boca; el ajeno, y no tus propios labios.

PREGUNTA.

Si a nadie le está permitido alabarse a sí mismo con su propia boca, ¿por qué Pablo, enumerando cosas buenas de sí mismo, dijo: Lo que habéis visto en mí?

RESPUESTA.

Es diferente hablar desde el propio corazón que en el Espíritu Santo. Pues Pablo recuerda haber hecho cosas buenas en el espíritu en las adversidades de la cárcel, y por eso no lo dijo con su propia boca; porque las cosas prósperas deben ser recordadas en la adversidad. Sin embargo, hablar de uno mismo buscando la propia gloria, la Verdad dice: El que habla de sí mismo busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que lo envió, este es veraz (Juan VII, 18). Pero el mismo Pablo dice: No el que se recomienda a sí mismo, ese es aprobado (II Corint. X, 18). Por lo tanto, es aprobado aquel que ni en el Espíritu Santo ni en la adversidad narra cosas prósperas de sí mismo.

XXV.

A los Filipenses IV (Vers. 12): En todo y por todo estoy enseñado; sé tener abundancia y padecer necesidad.

En el santo Evangelio según Lucas VI (Vers. 25): ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados, porque tendréis hambre!

PREGUNTA.

Cuando el Señor dijo ¡ay de los saciados!, como narra el Evangelista, ¿por qué el apóstol Pablo dijo que sabía saciarse? ¿O qué grande es saber saciarse y tener hambre, cuando esto parece ser común a todos los seres vivos?

RESPUESTA.

El Dios omnipotente y veraz dijo ¡ay de los saciados!, porque al no saber saciarse ni dar gracias, los vio intemperantes. Es de gran discreción saber saciarse, es decir, recibir los alimentos con moderación y acción de gracias. Porque, dice Pablo, el que come, para el Señor come, pues da gracias a Dios (Rom. XIV, 6). Así que no saben saciarse aquellos que solo dejan de comer cuando, por mandato de la carne, no quieren comer. Y estos, por el contrario, comen para el Señor, quienes siempre son moderados y dan gracias al dador.

XXVI.

A los Tesalonicenses II (Vers. 18): Yo, Pablo, una y otra vez quise ir a vosotros, pero Satanás nos lo impidió.

Según Lucas XXII (Vers. 31, 32): Simón, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo, pero yo he rogado por ti para que tu fe no falte.

PREGUNTA.

¿Cómo es que el mismo Satanás no fue permitido zarandear a San Pedro como quería, y sin embargo se dice que pudo impedir a Pablo? Y si el apóstol Pablo concuerda con la voluntad de Dios en esto, ¿por qué Satanás lo impidió?

RESPUESTA.

Debemos saber sin duda que el diablo siempre tiene la voluntad de tentar; pero cómo, cuánto y cuándo lo hace, carece de poder. Pues el Creador le permite hacer algo en el mundo solo en la medida en que lo ha tenido en la predestinación sin término antes de los siglos, y porque el Señor a menudo prueba a sus santos a través de Satanás, por eso Pablo indica que es como si

Satanás mismo impidiera. Pero entre estas cosas, debemos saber que a menudo el Dios omnipotente realiza la voluntad de su consejo incluso a través de la voluntad maligna de su siervo. Sin embargo, a veces se permite a los buenos siervos desear cosas que no se les permite realizar como desean. Pues Abraham quiso obedecer al mandato de Dios, pero el mismo Señor no permitió que Isaac fuera decapitado, y recompensó completamente esta voluntad diciendo: Porque no escatimaste a tu hijo unigénito, te bendeciré y multiplicaré tu descendencia (Gén. XXII, 16). Y David fue alabado por su deseo de construir el templo, aunque no llegó a construirlo en esa obra (II Sam. VII). Y mientras hemos hablado de estas cosas en particular, veamos cómo se hacen en general. Pues las plagas del género humano son dispensadas por el justo juez, pero los elegidos de Dios, ya llenos de amor, no quieren que sucedan. Y así, aunque desean lo contrario a Dios, no se apartan de Él, porque dan gracias por todas las plagas. Pero para que sea más claro lo que decimos, avancemos demostrando con ejemplos. Por ejemplo: Algún hijo sirve a su padre, a quien, porque es piadoso, no quiere que muera. Pero también cuando visitamos a los enfermos, a quienes el Señor castiga, deseamos mucho que se sanen. Así que cuando deseamos estas cosas, es como si discordáramos de la voluntad de Dios. Asimismo, cuando el Señor manda que se hagan cosas buenas al género humano, nuestra voluntad no debe ser contraria, sino congraciada, para que sea perfecta, pero por eso debe alabarse la piedad del Señor y la justicia del juez.

XXVII.

A los Tesalonicenses IV (Vers. 15): Y con la trompeta de Dios descenderá del cielo.

En el Apocalipsis VIII (Vers. 6): Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se prepararon para tocar.

PREGUNTA.

Y cuando Cristo descienda del cielo con la trompeta de Dios, ¿en cuál de estas siete se cree que descenderá? Si en la séptima, ¿cómo precedieron las otras? Si en la primera, ¿cómo seguirán las demás?

RESPUESTA.

Por eso el Espíritu septiforme descendió sobre los apóstoles, para que, como si hubieran recibido siete trompetas, resonaran en los pueblos, y Cristo prometió a sus sucesores bajo la persona de ellos que permanecería con ellos hasta la consumación del siglo, diciendo: He aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20). Así que la séptima predicación, como la séptima trompeta, pertenece a la consumación del siglo, porque terminada la sexta predicación, sonará la última trompeta. Porque sonará, dice Pablo, la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles (I Corint. XV, 52). Y aunque se cree que la última trompeta significa la séptima predicación, sin embargo, atendemos a la lectura evangélica, donde dice del Hijo del Hombre: Y enviará a sus ángeles con trompeta y gran voz, y reunirán a sus elegidos de los cuatro vientos, desde los extremos del cielo hasta sus confines (Mat. XXIV, 31). Debemos saber que una voz como trompeta se escuchó en el monte Sinaí, cuando el pueblo de Israel recibió el decálogo de las palabras de Dios, y quienes la escucharon, se excusaron para que no se les hiciera de nuevo. Pero entonces habló completamente a través de la criatura sujeta, ciertamente no a través de su propia naturaleza, como también habló a su Hijo después de que el mismo Hijo fue bautizado por Juan, diciendo el Padre: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III, 17). Lo que se significaba en la voz es completamente de la divinidad paterna, pero las sílabas y el sonido de las sílabas

eran ciertamente de las criaturas. Así que cuando los santos ángeles tienen la costumbre de vestirse con cuerpos aéreos, como pudieron ser vistos por algunos padres, nada impide entender que tocarán tal trompeta cuando finalmente resuenen en el último día, cuando los cuerpos de los muertos dormidos resucitarán.

XXVIII.

I a Timoteo I (Vers. 13): Pero alcancé misericordia, porque lo hice por ignorancia en incredulidad.

Al mismo. Ibid. (Vers. 15): Palabra fiel y digna de toda aceptación: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.

PREGUNTA.

¿Por qué te excusas, santo Pablo, en uno, y te acusas en otro, cuando lo que cometiste fue por ignorancia, ya que con el perdón de todos los pecados fuiste el primero, especialmente cuando ni en tiempo ni en magnitud de pecados se encuentra que así fuera?

RESPUESTA.

Debemos saber que el pecado se comete de tres maneras: por ignorancia, por debilidad o por intención; y es más grave por debilidad que por ignorancia; igualmente, es más grave por intención que por debilidad. Así que te excusas, santo Pablo, por verdadera razón, y no obstante te acusas por humilde confesión. Como justo verdadero, fuiste acusador de ti mismo en uno, y dando gracias por la misericordia del Señor, alabaste al Señor en otro.

XXIX.

I a Timoteo II (Vers. 4): Que quiere que todos los hombres sean salvos, y vengan al conocimiento de la verdad.

En el Salmo CXIII (Vers. 3): Nuestro Dios está en el cielo y en la tierra, todo lo que quiso, lo hizo.

PREGUNTA.

Cuando Dios hizo todo lo que quiso, ¿acaso condujo a toda la humanidad a la salvación? O si no quiso hacer esto, ¿cómo escribió el santo Pablo que quiso, diciendo: Que quiere que todos los hombres sean salvos?

RESPUESTA.

Debemos creer sin duda que Dios no hizo en los tiempos otra cosa que lo que previó y predestinó antes de los tiempos. Pero esto debe entenderse, que el Dios omnipotente dice en la Sagrada Escritura que hace algo, que no lo hace por su propia naturaleza, sino ciertamente a través de la criatura. Como dijo a Abraham cuando no quería que Isaac fuera sacrificado, diciendo: Ahora sé que temes a Dios (Gén. XXII, 12); esto es, ahora te hice saber lo que sin término conocí. Y como dice en Ezequiel del impío: No quiero la muerte del impío (Ezeq. XXXIII, 11); esto es, hice que no quisiera morir, aunque él mismo hace lo que lo lleva a la muerte, puse en su naturaleza que no quiera morir. Así que el Señor quiere que todos los hombres sean salvos, quienes en esto son creados para querer, aunque indignos, ser siempre

salvos. O Dios quiere que todos los hombres sean salvos, porque salvó de todo orden del género humano, es decir, reyes de reyes, príncipes de príncipes, y de hombres y mujeres, y de todos los hombres en general. Así que Pablo pudo hablar en este tipo de lenguaje cuando dijo: Que quiere que todos los hombres sean salvos. Porque según (I Timoteo II, 4) [Lucas] Marcos el evangelista, el mismo Señor dijo: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, que diezmaís la menta y toda hortaliza!; esto es, todo tipo de hortalizas. ¿Cómo podían diezmar todo, si no podían reunir todo a la vez?

XXX.

I a Timoteo II (Vers. 12): No permito a la mujer enseñar.

A Tito II (Vers. 3): De las mujeres: Que sean maestras del bien para enseñar prudencia.

PREGUNTA.

Cuando el apóstol Pablo no permite a la mujer enseñar, ¿por qué al escribir sobre las mujeres dijo que sean maestras del bien para enseñar prudencia?

RESPUESTA.

En las cosas más claras no debemos detenernos demasiado, para que podamos disfrutar más en las más oscuras. Así que se dice que las mujeres son maestras del bien, no de los hombres, sino de sus jóvenes. Para que enseñen prudencia, dice, para que con sus hijas actúen con su enseñanza, de donde lleguen a la vida eterna.

XXXI.

I a Timoteo V (Vers. 20): A los que pecan, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman.

Según Mateo XVIII (Vers. 15): Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo a solas entre tú y él.

PREGUNTA.

Cuando el discípulo dicta que el que peca debe ser reprendido delante de todos, ¿qué dijo el mismo maestro de la verdad entre tú y él a solas?

RESPUESTA.

Resolveremos esta cuestión más rápidamente si consideramos más detenidamente la fuerza de las palabras. Allí dijo: pecan, pero no añadió, en quién; aquí dijo, si tu hermano peca contra ti. Así que si tu hermano peca contra ti en secreto, y tú quieres reprenderlo delante de todos, no eres un corrector sino un traidor. Pero a los que pecan contra Dios, repréndelos delante de todos, para que la palabra reprender se una a la voz siguiente. De aquí que Pablo diga: Cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí en la cara, porque no andaba rectamente conforme a la fe del Evangelio (Gál. II, 11). Y después de unas pocas palabras: Dije a Pedro delante de todos; como si dijera, porque tuvo simulación delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿cómo obligas a los gentiles a judaizar? (Ibid., 14). Así que los pecados ocultos pueden ser corregidos en secreto, y los pecados públicos deben ser reprendidos delante de todos, para que los demás también teman. Porque cualquier cosa que

mueva la mente de los demás, no debe ser callada, sino que debe ser dicha con gran humildad.

XXXII.

I a Timoteo VI (Vers. 16): A quien ningún hombre ha visto, ni puede ver.

Y I Juan III (Vers. 2): Sabemos que cuando él aparezca, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es.

PREGUNTA.

Cuando el apóstol Pablo dijo que ningún hombre ha visto a Dios, ni puede ver, ¿cómo escribió el santo Juan: porque le veremos tal como es?

RESPUESTA.

En estos dos testimonios, los dos santos apóstoles parecen discordar, pero discordando, verdaderamente concuerdan. Pero entre esto, debemos saber que el Dios omnipotente no se mostró a los antiguos padres en su propia naturaleza, sino que también hablaba con Moisés a través de la criatura, como un amigo con su amigo. Nadie, dice, verá mi rostro y vivirá (Éxodo XXXIII, 20). Esto ciertamente concuerda con lo que el apóstol Pablo dice: A quien ningún hombre ha visto. Pero lo que dice: Ni puede ver, concuerda con lo que el santo Juan dice: Porque le veremos tal como es (I Juan III, 2). Así que en esta vida, el Señor mostró sus espaldas a través de las criaturas: porque a los hijos que aún peregrinan, oculta la verdad de su propia naturaleza, como atestigua el mismo Juan, quien dice: Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que cuando él aparezca, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es (Ibidem). De este testimonio se debe entender lo que Pablo dice: Ni puede ver; como si dijera abiertamente: Ningún hijo puede ver al Padre celestial mientras en esta vida sea peregrino, ciertamente disímil al Padre. Pero cada elegido podrá ver a Dios, no a través de las criaturas, sino tal como es, cuando lo que será, se manifieste, y sea semejante a él. O ciertamente, como dice el mismo Juan Evangelista: A Dios nadie le ha visto jamás (Juan I, 18); como si dijera más claramente: Como es, se ve en sí mismo. Ninguna criatura entiende firmemente a Dios como Dios se entiende a sí mismo.

XXXIII.

II a Timoteo I (Vers. 11): Para lo cual fui constituido predicador, apóstol y maestro de los gentiles.

Según Mateo XXIII (Vers. 10): Pero vosotros no os hagáis llamar maestros, porque uno es vuestro Maestro, el que está en los cielos.

PREGUNTA.

Cuando el Señor dijo a sus apóstoles: No os hagáis llamar maestros, ¿por qué el apóstol Pablo confiesa haber sido maestro de los gentiles?

RESPUESTA.

¿Acaso el sermón del Señor prohibiendo fue despreciado por el apóstol Pablo? Pero él insinuaba a todos los creyentes que no fueran seducidos por los pseudoapóstoles bajo el nombre de los apóstoles, sino que siguieran a aquel maestro en quien hablaba Cristo.

XXXIV.

II a Timoteo IV (Vers. 14): Alejandro el calderero me ha causado muchos males; el Señor le pague conforme a sus obras.

Y después de unas pocas palabras (Vers. 16): En mi primera defensa, dice, nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron; no les sea imputado.

PREGUNTA.

¿Qué dijo Pablo al escribir sobre Alejandro, deseando: el Señor le pague conforme a sus obras? Y de otros, compadecido, dijo deseando: no les sea imputado.

RESPUESTA.

En un mismo espíritu, Pablo previó, quien escribió ambas cosas diversas a Timoteo, que Alejandro, de corazón duro, nunca se convertiría a Dios, y que a otras gentes, por verdadera presencia, no se les imputarían las acciones pasadas.